

Modales ausentes

AMELIA DUARTE DE LA ROSA

Hace un par de semanas atrás me advertían sobre la existencia de un curso para enseñar buenos modales, desgraciadamente tan ausentes en nuestros días. Debo confesar que me sorprendió la idea, porque la iniciativa de alguna manera acciona en un problema que, desde hace mucho tiempo, se ha incrustado como práctica en el comportamiento social.

Pero ¿por qué aprender de adultos lo que desde la más temprana educación deberíamos tener incorporados? Ya señalaba nuestro General de Ejército Raúl Castro el acrecentado deterioro —a lo largo de más de 20 años de periodo especial— de valores morales y cívicos, como la honestidad, la decencia, la vergüenza, el decoro, la honradez y la sensibilidad ante los problemas de los demás.

Y cuando escribo dos décadas me doy cuenta de que casi nací justo cuando se estaban perdiendo esos valores en una parte de la población. Más de uno pudiera pensar que somos precisamente los jóvenes los únicos ejemplos a citar en la mala educación.

Sin embargo, sabemos que la educación comienza en la cuna y se perpetúa en la escuela. Si desde pequeños nuestros padres, abuelos y tíos no nos enseñan las normas correctas de educación en la casa; si en la calle o en el barrio hacemos lo que nos venga en ganas y nadie llama la atención o nos exige el trato adecuado; si en la escuela los maestros gritan, si se hacen los de la vista gorda cuando se usa de forma incorrecta el uniforme, si no se introducen los códigos formales de comportamiento, tenemos como resultado la ausencia de todos los valores que ahora necesitamos rescatar.

Pienso que más que buscar un sujeto de culpabilidad, deberíamos enfascarnos en un predicado de acción. No podemos pretender que nuestros niños sean educados si no llegamos a ser ejemplos para ellos.

¿Cuántos hemos entrado a una oficina y al dar los buenos días hemos recibido como respuesta ese incómodo y perturbador silencio? ¿Cuántos cedemos el asiento de la guagua a quienes más lo necesitan? ¿Cuántos pedimos el último en una cola o permiso en un tumulto? ¿Cuántos socorremos a algún discapacitado al cruzar la calle o a algún anciano a cargar un bolso? Pequeñas acciones tan necesarias y reconfortantes que con el día a día hemos dejado de hacer comunes.

Si de perder se trata tenemos en detrimento hasta el vocabulario. Dejamos de ser originales en los piropos para ser vulgares, de utilizar expresiones tan diarias como las gracias, por



favor o el hasta luego, para decir “a ver ahí”, “me piro”, “voy en bora”.

En qué momento pasamos de señora a tía, de abuelo a puro, de usted a tú, de poco cuerdo a quemá'o, ¡¡¡y para qué ejemplificar!!!

No es cuestión de volver al pasado —que estas líneas nada tienen que ver con aquello de que tiempo pasado fue mejor— pero sí de rescatar entre todos las tradiciones verbales, la educación correcta y los modales cívicos que nos hicieron moradores de una pequeña nación educada y culta.

Para sumar..., escuchar a los jóvenes

ALFONSO NACIANCENO

Las mejores propuestas para alcanzar un acuerdo sobre cualquier tema del quehacer cotidiano se despeñan por el barranco de la incongruencia, si las partes inmersas en el análisis no se escuchan mutuamente.

Ese intercambio de opiniones cobra mayor fuerza hoy en nuestro entorno, cuando nuevos conceptos sobre la economía y diversas aristas de la vida del cubano precisan de una interpretación certera para su aplicación en la sociedad.

El amplio diapason para estudiar —abierto desde el triunfo de la Revolución— ha legado un caudal de inteligencia que no cesa de brotar de nuestros centros docentes; es esa juventud que entra a sus puestos de trabajo mejor preparada en comparación con quienes dieron esos primeros pasos décadas atrás.

Los conocimientos laborales acumulados por años cuentan y sirven de guía. Sin embargo, por el hecho de que no posean experiencia, nadie tiene derecho a desestimar el ímpetu e interés de esas hornadas de muchachos que vienen a compartir sus sueños con un colectivo obrero, al cual estarán comprometidos a

tributarle su esfuerzo en aras de ser reconocidos.

La dinámica de Cuba, donde en los lustros venideros (ya lo estamos observando) la población veterana, o personas de la tercera edad, se incrementará considerablemente, conduce a esa interacción entre generaciones que redunde en superiores resultados productivos.

Sumar a los jóvenes, más que una responsabilidad, entraña un reto. Escucharlos, interpretarlos, confrontar métodos y maneras de hacer las cosas basados en el respeto mutuo, son la clave para desterrar las respuestas impositivas poco o nada convincentes, que acribillan los sentidos y las ansias renovadoras.

El país recibe cada año el fruto de egresados universitarios y de otros niveles, talentosos, con deseos de aprender, a quienes es preciso apoyar en sus nuevas responsabilidades transmitiéndoles las enseñanzas de los más avezados y, como aspecto esencial de esa interacción, se deben de estimar sus inquietudes cargadas de aire fresco.

Asumir ese diálogo en una industria, escuela u otra entidad del país pretendiendo adoptar poses doctorales ante los novatos, no duden que provoque un quírigay donde las voces alcancen

altísimos decibeles sin avanzar a ninguna parte. Entonces sentiremos que ese futuro relevo pierde interés por lo que hace, al percatarse de que sus opiniones no son tomadas en cuenta.

Este es un proceso de aprendizaje para todos, donde quizás a quienes atesoran la experiencia les cueste un poco más ponerse en el sitio de los benjamines y, en lugar de ofrecer resistencia a sus sugerencias, han de entablar un intercambio de opiniones proveedor de ideas más elaboradas, que satisfagan mejor el objetivo de elevar la producción y la productividad. El triunfo compartido enaltece.

Tampoco debe verse a los muchachos que hoy comienzan su vida de trabajadores como una amenaza a la estabilidad de los reconocidos por años.

Quien haya cumplido bien, y en plena veteranía sigue aportando con amor y responsabilidad, no ha de sentirse amenazado. Lejos de esconder las mañas para desempeñar con destreza un oficio, de seguro experimentará una sincera alegría al comprobar que las nuevas generaciones dominan esas artes que les enseñó en prueba de confianza.

Si nos escuchamos los unos a los otros, no habrá obstáculo que escamotee el éxito.

Las malas palabras tienen sinónimos

ROXANA NÚÑEZ WILSON, estudiante de Periodismo

A veces tengo la sensación de que se nos ha olvidado. De tanto que las decimos, de tanto que las escuchamos, probablemente ya no recordemos por qué las llamamos “malas palabras” ni por qué son consideradas como vocablos chocantes, crudos, denigrantes y hasta indecentes.

Lo primero a tener en cuenta es que existen tres grandes registros idiomáticos en el lenguaje: el culto, el coloquial y el vulgar. Las “malas palabras” pertenecen a este último, el cual se asocia a individuos de escasa o ninguna cultura, faltos de educación y contacto con su lengua materna, y pobre vocabulario que reemplazan con gestos y palabras groseras.

Lamentablemente, su extendido uso se ha vuelto parte de nuestra cotidianidad. Como bien expresara el presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, General de Ejército Raúl Castro Ruz, durante la primera sesión ordinaria de la VIII Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular a finales de julio de este año: “conductas, antes propias de la marginalidad, como gritar a viva voz en plena calle, el uso indiscriminado de palabras obscenas y la chabacanería al hablar, han venido incorporándose al actuar de no pocos ciudadanos, con independencia de su nivel educacional o edad.”

Se trata de un fenómeno que si bien no es privativo de nuestro país e idioma, duele cuando el español ofrece tantas posibilidades para expresar lo que pensamos o sentimos.

La Doctora en Lingüística de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, Margarita Espinosa Meneses, apunta que en nuestra lengua, las groserías poseen una carga semántica única, que no se lograría si se reemplazan con otra frase. Por ejemplo, si en determinado momento nos molesta el comportamiento de cierta persona, y nos sentimos con toda la libertad de insultarla, o bien le decimos “eres una persona que posee poca inteligencia” o bien se recurre a la grosería: “idiota”. Desde este punto de vista, entonces, parecen ser demasiados los cubanos que nos sentimos con “total libertad” de ofender a otros.

Sabemos que no es así. Acá, en el terruño insular, las malas palabras ya no se utilizan solo para agraviar a alguien, se dicen además por gusto, por costumbre, por incomodidad no con alguien, sino con algo (dígame, transporte), por escucharlo decir a tu mamá, a tu mejor amigo, a tu compañero de trabajo.

La pregunta es, si tenemos conciencia de lo que estamos diciendo, si sabemos las consecuencias de nuestras palabras, si entendemos que al utilizarlas sin tener en cuenta el lugar, las circunstancias..., podemos poner en entredicho, incluso, nuestra inteligencia.

La historia demuestra que ni siquiera la injuria requiere de vocablos obscenos, pueden emplearse tan “elegantes palabras” que ni el propio agraviado se dé cuenta, quizás, del insulto. Sin embargo, ya no perdemos nuestro tiempo en disimular un sentimiento de inconformidad o de disgusto, presurosos corren las malas palabras a nuestros labios, aun antes de pensar siquiera en decirlos.

No importa cuánta importancia intentemos restarle al asunto. Debemos ser conscientes de que estamos formando a las nuevas generaciones en un ambiente de grosería y vulgaridad. ¿Cuántos no nos hemos reído cuando un niño de poco más de un año, suelta palabras obscenas, como si fuera un juego? El bebé las aprende casi tan pronto como “mamá... agua”. El espectador que contempla la escena, no puede si no sonreír. ¿Qué vas a hacer? El pequeño definitivamente no tiene la culpa, y la apenada madre con una sonrisa en los labios te dice: —¿A quién se lo habrá oído decir?— ¡¡¿A quién?!! Por qué no mejor decir: ¿a quién no?